

yo no encuentro otra cosa que la obra de los hombres.

Al contrario en la Religion que predicó *Dionisio*: en ella descubro una Religion que reprime los pensamientos, arregla los deseos y purifica los sentimientos. Yo la respeto desde luego, y la creo dimanada de Dios, respecto de que su único objeto es el de encaminarme á este Señor. En la conducta de *Dionisio* percibo una Religion que es conforme á la divina Ley que enseña. En ella encuentro la fidelidad, el zelo y la paciencia. Como fiel, sigue *Dionisio* su vocacion. Como zeloso, él solo basta para todos los trabajos. Como paciente y sufrido, sostiene y vence todos los contratiempos. El, pues, hizo revivir el mérito de los apóstoles, é igualmente renovará su gloria.

SEGUNDA PARTE.

Quando San Juan Chrisóstomo (1) trató de la gloria que se adquirieron los primeros apóstoles de la Religion, la distinguió con estos tres caracteres ó señales; triunfos resplandecientes, muerte rigurosa, y nombre y fama inmortal. Yo creo, y con mucha razon, que si este Santo Doctor hubiera vivido en tiempo de *San Dionisio*, no se hubiera valido de otras ideas para manifestarnos la suya.

La gloria que este Héroe consiguió en sus innumerables conquistas, fué como las primicias de sus sucesos.

La

(1) *Foann. Chrysost. in Duod. Apost.*

La gloria que se adquirió en las pruebas de su martirio, hizo el fruto de aquellos mismos sucesos.

Y la gloria, en fin, de la perpetuidad de su culto, los recompensa igualmente.

Los Apóstoles tenían que convertir á un mundo entero. Este era á la verdad su maravilloso encargo, y en su desempeño cumplian con la obligacion que se les habia impuesto. Semejantes á una benéfica lluvia, se esparcieron por todas partes, sin dexar ninguna, en donde habiendo hecho oír la voz del Evangelio, no hubiese este contado sus victorias en tanto número quantas habian sido sus empresas.

Estas mismas empresas y victorias se advierten en el apostolado de *San Dionisio*. Mi misericordia, decia el Señor, se extenderá por todas las naciones. Haré perecer á sus simulacros, y no adorarán ya en adelante la débil obra de sus manos. Y ¿quién á vista de estas proféticas expresiones, dexará de conocer los gloriosos sucesos que coronan y engrandecen el ministerio de *Dionisio*? Embiados por Roma aquellos venerables é insignes hombres para anunciar la palabra de la verdad, se dispersaron y extendieron por las Gaulas. *Ad predicandum gentibus* (1). Pero nuestro Santo era su gefe y cabeza. *Dux Dionisius*. Al instante se propusieron una juiciosa eleccion del ingrato terreno, cuyo cultivo les habia confiado el cielo. *Legunt sibi quisque terras*

B 4

(1) *Orat. S. Dion. Brev. Paris. 9. Oct.*

ras (1). Yo veo á Paulo, que con toda presteza se encamina á Narbona, á Trophimo que predica en Arlés, á Gatiemo que se adelanta ácia Tours, á Saturnino que instruye en Tolosa, á Ustremoine que recorre la Aubernia, á Marcial que triunfa en Limoges, y á *Dionisio* que penetró, como ya habeis visto, hasta la capital de la Francia, exerciendo en ella su ministerio, y haciéndose superior á todos los obstáculos.

Estos, pues, no se habian originado del carácter de los Gaulos. La historia misma nos manifiesta, que aunque bárbaros estos pueblos, se hallaban ya con las mejores disposiciones para recibir la predicacion de la fé. Una fácil y preventiva condescendencia, les distinguía á pesar de la rudeza de las costumbres que parecia reynar en su trato y comercio. Se preciaban de aquella urbanidad cortesana que acoge como á porfia á los hombres llegados de extrañias tierras. En la práctica de la hospitalidad que entre ellos se hallaba establecida, descubrian aquellos sentimientos de humanidad de donde dimanaba la confianza. Y ¿añadiré, hermanos míos, que la curiosidad de que todos los hombres son susceptibles, era con especialidad suya, aunque frágil, pasión dominante? ¿Que la novedad en todas las cosas fixaba su atención, y que por sola esta circunstancia, ponian la suya hasta en los ménos dignos objetos, y les hacian prorumpir en exclamaciones y alabanzas, manifes-

(1) *Hym. C. Brev. Paris.*

festando de este modo la gratitud de sus sentimientos?

Al modo que corria el pueblo de Israel, transportado de admiracion para escuchar los oráculos de Ezechiel (1), corrian tambien los habitantes de París con una apresurada ansia para recibir las instrucciones de *Dionisio*. El nombre de este nuevo apóstol, despertó la atención pública. El era el asunto de todas las conversaciones. *Loquuntur de te*. Los padres enseñaban á sus hijos las primeras lecciones que le oían, y los hijos repetían á sus padres los admirables misterios que les explicaba. *Dicunt unus ad alterum*. Venid, se decían mutuamente, venid á escuchar lo que aun no habeis oido jamás. *Venite et audiamus*. Con aquel espíritu tan vivo y penetrante que tenían, conocieron la debilidad y ridiculez de la teología pagana. La sabiduría de la moral evangélica, chocó á su delicado y sutil entendimiento. Y de una de las mas ilustres naciones del paganismo, llegó á ser muy en breve una de las mas escogidas porciones de la Iglesia. Pero ¿qué es lo que digo? Inmediatamente manifestó su docilidad esta, hasta entonces bárbara nacion. *Barbara gens jam docilis Deo* (2). Al instante se formó de ella una floreciente cristiandad. Era como una viña recién plantada, cuyo cultivo estaba al cuidado de *Dionisio*. En ella preparó discípulos fieles, levitas y presbíteros fervorosos, y pas-

(1) Ezechiel 33. v. 30.
(2) Santol. Victor. Hymn.

tores vigilantes. Como un nuevo Pedro, colocaba con una mano en el santuario la adorable señal de la Redencion, y con otra, á imitacion de Josaphat, destruía los altares de las divinidades falsas. Con estos primeros sucesos, empezaron ya á estremecerse el paganismo, á enmudecer sus oráculos, á vacilar sus ídolos y á caer sus templos. Todo se mudaba. Por donde ántes corrian las impuras aguas de la supersticion, se veía correr la sangre del Cordero sin mancha. En seguida se advertia ya un nuevo templo, distinto culto, diferente sacrificio y diversa ciudad. *Crescit sancta fides; fit nová civitas* (1). Se buscaba á París dentro de ella misma y no se encontraba. A estos primeros prodigios se siguieron otros inmediatamente. Nuestro Santo se sabia reproducir con felicidad entre mil christianos héroes que iban á llevar la verdadera luz á las demas Iglesias, al modo que lo habia hecho él en la de París.

De sus bienhechoras manos recibió Beauvais á su Luciano, Ruan á su Nicasio, Ebreux á su Taurino, Chartres á su Antonio, Meaux á su Santino, Senlis á su Rieule. Con el exemplo de *Dionisio* se formaron Sinice, Ursino, Exúpere, Quintino, Fulciano, Victórico, Chryseul y Piaton; y si las Iglesias de Bourges, Bayeux, Terouane, Soissons y Tournai no son, digámoslo así, hechura suya, son á lo ménos los preciosos frutos que preparó con su zelo, y multiplicó con su proteccion. El

(1) Santol. Vict. Hymn.

fué el primero que encendió en esta capital las llamas de la fé, haciéndolas pasar desde ella á las mas remotas provincias de esta monarquía. Establecióse, pues, el Evangelio en Francia, y esta le correspondió con su constante fidelidad: ved aquí, hermanos míos, la justa causa con que se adquirió y conserva eternos derechos sobre nuestro reconocimiento y gratitud.

¡O Santo Apóstol! ¡Quáles serian vuestros sentimientos al haberos propuesto penetrar las densas nieblas de lo futuro! ¡Qué santamente lisonjeado estaríais al ver aquella sucesion de héroes christianos, que debia substituirlos en esta misma Iglesia, de la que erais su primer Pontífice! Muchos contarán entre los prodigiosos efectos de vuestro apostolado la predicacion eficaz de un San Remí, el zelo vencedor de una Santa Clotilde, la dichosa conversion de un Clovis, las milagrosas expediciones de un Cárlos VII. baxo de vuestras banderas, y la solemne abjuracion de Henrique el Grande al abrigo de vuestros altares. Dirán tambien, que si Pothino é Irenéo os sirvieron de modelos, no habeis sido vos peor dechado para Hilario de Poitiers, Martin de Touts, Próspero, Fulgencio y Sulpicio. Mas por lo que hace á mí, me contentaré con felicitaros por la luz siempre inextinguible que estaba unida al augusto trono que habiais establecido. No, nunca parecísteis mas precioso á la Iglesia que, quando edificada la Francia, os vió, digámoslo así, revivir en la persona de Marcelo, Landry, Doctroev y Germa-

mano. Todas aquellas victorias que conseguisteis contra la idolatría, las renuevan vuestros sucesores contra el libertinage, la ilusion y la incredulidad.

Y ¿qué opondrá esta á semejantes sucesos? ¿Qué armas empleará para arrancar el profundo edificio de la Religion, tan sólidamente establecida en Francia aun ántes de la firmeza de la monarquía misma? ¿Qué podrán esperar los Deístas á vista de todo esto? ellos querrán como temerarios detener al Christianismo en el constante curso de sus sucesos. Pero ¿han reflexionado la arrogancia de su empresa? ¿Pues qué? ¿Piensan ellos que una Religion que por espacio de quince siglos subsiste en Francia, ha de temer sus sacrílegos esfuerzos? ¿Piensan que sus fútiles escritos han de hacer caer á una Religion que se ha establecido en este reyno por medio de tantos milagros, y se ha señalado con la sangre de tantos mártires? ¿Piensan que sus ruinosos principios y sus fastidiosas declamaciones, nos han de hacer ménos amable á una Religion que hace nuestra segura y eterna felicidad? ¿A una Religion que profesan otros hombres mas sabios que ellos; que respetan nuestros reyes y sus señores, y que nuestras leyes y sus jueces protegen? ¿Piensan, en fin, que si la Francia temiese alguna revolucion por sus atentados, les habia de dexar gozar del peligroso honor con que se juzgan temibles? No por cierto, al primer golpe de la tempesta que quisiese descargar sobre ellos, les reduciria al polvo de donde han salido, y ninguna cosa que-

quedaría sobre la tierra de sus escritos, de su reputacion, ni aun de ellos mismos.

Pero los enemigos de la Religion, ni fueron, ni serán jamas expectadores tranquilos de sus triunfos. Siempre se esforzarán, ó bien para degradar, ó bien para perder á sus zelosos defensores. ¡Pero ah! ¿adónde me dirijo sin sentir? Yo estaba refiriéndoos la historia de *Dionisio*, y, sin saber cómo, estoy hablando de su martirio.

Este se halla por lo regular unido al ministerio apostólico. A la sangre de sus fundadores, es á quien debe la Iglesia, tanto como á su zelo, su propagacion. Si los combates que sostuvieron hubieran sido ménos sangrientos, tambien serian, como dice San Ambrosio, ménos dignos de la recompensa que les esperaba. Era menester que su mérito hecho ver por los sucesos, se perfeccionase con el sufrimiento. *Tolle certamina; tulisti coronas.*

El ministerio de *San Dionisio* fué tan fatalísimo para el infierno, que éste no pudo emprender la detencion de su carrera. ¿Qué hacen, pues, esos hombres llenos de ceguedad, que, de acuerdo con Satanás, meditan derribar la obra del Señor? ¿No saben que la sangre de los mártires fertiliza el campo de la Iglesia, y que de sus mismas hogueras y cadalsos nace un pueblo de christianos? El fuego de las persecuciones puede sepultar á los obreros que trabajan en la vifa del Señor; pero quando esta débil y pequeña obra parece amenazar su ruína en medio de aquella llama,

se

se hace un permanente edificio que se burla de la impotente rabia de los tiranos , á los que nada basta para abatirle.

Deténgase aquí vuestra reflexion , hermanos mios , y repare en aquellos tristes tiempos en que vencedor Aureliano del Oriente , fué á buscar al Occidente nuevas victorias , aterrorizó á su innumerable gentío , y puso sobre sus sienas la corona de los dos impérios. Aquel príncipe reunia en sí todas las qualidades necesarias para hacerse amar , y parecia que violentaba su carácter por hacerse temer. Como nacido en médio de la supersticion , era en efecto naturalmente supersticioso. Apoderado de las Gaulas , baxo el império de Valeriano (1) , se hizo en estas desgraciadas provincias el azote de los Christianos. Habiendo subido al trono de los Césares , juró la destruccion de la verdadera Iglesia y de sus hijos , siendo nuestro Santo la víctima privilegiada que inmoló con suma ánsia y presteza á su venganza. Enterraré , decia , en un mismo sepulcro , tanto al apóstol como á los discípulos. Yo no quiero que subsista , ni aun la mas leve señal de sus conquistas. Inmediatamente procuró juntar , á exemplo del soberbio Nabucodonosor , los principales individuos de su consejo. *Vocavitque omnes majores natu , omnesque duces* (2). Comunicó las correspondientes órdenes al ministro executor de sus intenciones. *Vocavit::: principem militia sua.*

An-

(1) Hist. de la Iglesia Galicana por Longueval , t. I. c. I.

(2) Judith c. 2. v. 2. 4. 5.

Andad , id , le dice , por todo el império de Occidente. *Egredere adversus omne regnum Occidentis.* Id prevenido y declaraos contra aquellos que , por una religion contraria á mis leyes , menosprecian mi poder , y parece se quieren eximir de mi império. *Et contra eos præcipue , qui contempserunt imperium meum.* El Prefecto de las Gaulas Fescenio , hombre cruel y político , que con la extincion del Christianismo creía formar la gloria del Pueblo Romano ; zeloso defensor de los ídolos , mas bien por interés que por conviccion , digno ministro de los tiranos , ó , por mejor decir , de los infernos , deseaba señalarse al modo que lo hizo Holofernes , tanto por su zelo en favor de los Césares , quanto por su aborrecimiento contra los Christianos. Llamó para esta sangrienta expedicion á todos los hombres que se entregaban á su furor. *Vocavit viros in expeditionem.* ¡Bien podeis temblar apóstoles santos! ¿Quién se atreverá á resistir sus órdenes? Vosotros perecereis. *Omnes sibi resistentes , occidit.* Ya se percibia el acero que debia cortar las primeras cabezas del Christianismo. *Occidit in ore gladii.* Ya se apoderaba el terror de los habitantes de esta capital. *Cecidit timor illius super omnes inhabitantes terram.*

¿ Si *Dionisio* permanecerá mucho tiempo oculto á las rigurosas pesquisas del Gobernador? No por cierto , en médio de los mas útiles trabajos de su ministerio se le sorprendió. El hombre mas pacífico fué acusado de rebelde. ¡O crimen! ¡ó furor! Los bárbaros ministros le pusieron sus manos profanas. Con

él

él fueron detenidos los que sobrellevaban los laboriosos trabajos de su ministerio apostólico. Arrancósele de su pueblo para arrancar el pueblo á Jesu-Christo.

¿Qué sentimientos, hermanos míos, os parece que causó á *Dionisio* esta horrible y repentina resolución? Con una santa apresuración, corrió inmediatamente para oír el juicio de su sentencia. *Voluntariè præibat ad supplicium* (1). ¡Qué magestad se dexaba ver en su semblante! ¡Qué heroísmo manifestaban sus palabras! El tirano mismo permanecía vacilante entre el furor y el respeto. La virtud obliga á que se la rinda homenaje hasta por aquellos mismos que la persiguen. En el auge de su ingenioso furor, inventó Fescenio aquellos insufribles tormentos que se habian escapado al ingenio destructor de Herodes y de Neron. Los cuchillos, los azotes y las cadenas, anunciaban los horribles preparativos del suplicio. *Aptantur gladii, verbera, compedes* (2). Acude, desgraciado pueblo, acude y alaba el inhumano espectáculo que te presentan los ministros de tu religion. Pero no, no lo aplaudirá, porque teme en *Dionisio* los tormentos que él menosprecia. Corrian al lugar de su detención para admirarle, al modo que en otro tiempo lo hacian encaminándose al desierto para oír á San Juan Bautista. Las esposas con que estaban atadas sus manos, inspiraban al pueblo de París otro tanto respeto, quanto en los

(1) 2. Machab. c. 6. v. 19.

(2) *S. V. in S. Dion. Brev. Paris. 9. Oct.*

los primitivos tiempos de la Iglesia infundian en el de Jerusalén las cadenas de San Pablo. La admiración se apoderó de los espíritus á vista de aquel nuevo Eleázaro, que cargado de años y agoviado de la vejez, se mantenía firme y valeroso para la defensa de la verdad, y para el aguante de aquellos horribles tormentos. Su constancia, parecia desde luego que les predicaba la divinidad de su Religion.

¿Qué respondió quando intentaron librarle del trance cruel que le amenazaba por medio del insidioso interrogatorio con que tiraban á sorprehenderle? No espereis de mí, les dice, un indigno fingimiento de un Christiano. Vuestros ídolos son obra del infierno. Jesu-Christo es solamente el Dios á quien adoro. A este Señor es á quien quisiera unir y atraer á todos los corazones. A él es á quien desearia someterte á tí, poderoso ministro de los Césares. ¡Qué no pudiera mi sangre, despues de derramada por mi Religion, enseñarte á menospreciar y dexar la tuya!

Cesa la piedad al oír estas nobles exclamaciones, y se dexa arrastrar el tirano del impetu de su rabia. ¿Cuál es? ¿adónde está aquel instrumento fatal que va á descargar, digámoslo así, su fiero golpe sobre sus ya despedazadas carnes y sobre su palpitante corazón? ¿quáles son aquellos ardientes y puntiagudos hierros que van con fiereza á causar en sus rotas venas la impresion de los mas profundos dolores? Al oír esta pintura, me parece que se estremece vuestro compasivo corazón. Mas

no tengais que temer de que *Dionisio* se altere. Este es un héroe, que en el sufrimiento de sus horribles tormentos canta su victoria y la de la Religión. No teneis que temer, que aun pelea y triunfa. *Pugnavit, et vicit.*

¡O sangrienta tragedia! Al acordarme de ella me estremezco. Ya murió Rústico, y ya espiró Eleutherio. *Dionisio::* Pero ¡ah! que á manos de un hierro homicida se desprende aquella cabeza tan preciosa para la Francia, para la Iglesia y para la fé. Sí, hermanos míos, tres víctimas se inmolaron en la tierra por defender la Religión. *Tres simul occidunt* (1). Tres víctimas suben coronadas al cielo para proteger desde allí la Religión y acarrearla nuevos sucesos. *Tres caelo simul advolant.* El golpe que toca á los defensores del império atrae muchas veces su ruina: la espada que atraviesa á los héroes del Christianismo, asegura siempre su estabilidad. No hay que cansarse: la diferencia que hay entre la obra de Dios y la de los hombres es notabilísima.

Yo no preguntaré á los incrédulos, ¿si esperan por medio de su muerte establecer tambien su incredulidad? Pero no dexaré de decirles, ¿si son capaces de morir por ella? Aun no nos ha ofrecido ningun mártir el Deísmo. Se exagera con mucha ostentacion el ingenio de los filósofos, y aun no se nos ha podido citar alguno de sus sacrificios. Nos les pintan vencedores de las preocupaciones, y aun no nos les han hecho ver vencedores de los suplidos.

(1) *S. V. Hymn, in S. Dionis. Brev. Paris, 9. Oct.*

cios. Han escrito para enseñar su Religión, y no adoptan su modo de pensar, ni la defienden á la hora de la muerte. Desde luego consiento en que se les conceda una superioridad de corazon; pero será muy dificultoso concederles una imperturbabilidad de constancia. En efecto, nosotros estamos viendo, que no solo á la vista de la justicia que les persigue, del trono que les amenaza, y de los zelosos pastores que les mandan, lloran sus errores, abjuran sus sistemas, experimentan remordimientos de conciencia y dexan su nueva Religión para volver á su antigua fé; sino tambien á las primeras señales de una enfermedad, ó con solo una mera aprehension de la muerte. Con mucha razon os podría yo ahora decir, ingenios sublimes, que para insinuar vuestra Religión, y derribar la de quien *Dionisio* fué el fundador en Francia, debiais de suministrarnos pruebas en vez de dudas, verdades en lugar de ilusiones. No contradeciros en vuestros sofismas, y creer vosotros mismos lo que enseñais á los demas. Podria, en fin, pedir os milagros en vez de mártires. Pero ya veo que nada de esto haréis, porque no estais tan afirmados en vuestra Religión que querais ser víctimas de ella. Donde empieza el peligro acaba vuestro zelo.

Así, pues, ¿quál será vuestra suerte? ¿La podeis comparar con la reputacion inmortal de que goza despues de su muerte el Apóstol de la Francia? Consideradlo vosotros mismos, y sentenciad.

La muerte de los Apóstoles, no es el tér-

mino fatal de su poder ni de su gloria. Después de sus días, mantienen á la Iglesia, segun os dice San Juan Chrisóstomo (1), como unas firmes é inmutables columnas. Son unos conductos propicios y saludables por los que se comunican á los mortales las gracias del cielo. Incesantemente colman de beneficios á los pueblos que piden su ayuda y socorro. En su sepulcro dexaron cenizas inmortales.

Pulverem immortalem sepulchris reliquerunt.

Yo creo, hermanos míos, que al oirme referir todas estas maravillas, tan finamente expresadas por el eloqüente Arzobispo de Constantinopla, las ireis aplicando justamente á San Dionisio. En vano disponen los adoradores de los ídolos sepultar su cuerpo en el seno de las aguas para borrar á los fieles el rastro de su sangre. No faltaron manos piadosas que confiasen á la tierra este sagrado depósito, llegando á hacerse por él una tierra de bendición. No es ya este sepulcro frecuentado con un gran sigilo como sucedia en los antiguos tiempos de persecucion. Es un altar solemnemente consagrado, á cuyos pies implora la Francia su salvacion, y obtiene la Iglesia sus victorias. Los siglos se pasan; pero el nombre de San Dionisio triunfa de las vicisitudes del tiempo. Pasará de generacion en generacion, y aun nuestros últimos descendientes cuidarán de adquirir el reconocimiento que nosotros en el dia tenemos ácia el primero de nuestros Apóstoles.

(1) *Joann. Chrys. in duod. Apost. Gerard. nost. inter pr.*

¡O sagrada montaña (1), tésigo de sus sufrimientos, regada con su sangre y depositaria de sus cenizas! ¿quánta celebridad te has adquirido en todo el Universo por la gloria de haber dado á la capital de la Francia con el primero de sus pontífices el primero de sus mártires? ¡Montaña tan venerable como la de Sion! ¡Ah! y como diria yo, si intentára describirnos el sacrificio de un Dios, que el sacrificio de un hombre representa á mi memoria la imágen interesante del calvario. El calvario fué, digámoslo así, la cuna de la Iglesia universal: tú eres la cuna y el principio de la Iglesia Galicana. *Hic cuna fidei* (2). A la sangre de Jesu-Christo es á quien debemos la dicha de haber tenido á San Dionisio por apóstol, y á la sangre de este santo Héroe á quien debemos la de conocer y adorar á Jesu-Christo.

De aquí dimanán esos honores que en todos tiempos han tributado á la memoria de nuestro Santo Apóstol los cabezas y gefes de la Iglesia, las magestades de la tierra, los sabios y hasta los santos mismos. ¡Qué zelo tan grande tuvieron por su gloria las Genovevas, los Elois, los Germanos de Auxerre, los Pepinos y los Felipes Augustos! ¡Con quánta edificacion se vió á Luis el Gordo en el duodécimo siglo levantar sobre el mismo sepulcro de San Dionisio dos soberbias Basílicas (3),

C 3

(1) Montmartre.

(2) *S. V. Hymn in S. Dionys. Brev. Paris. 9. Oct.*

(3) Esta Anecdota está sacada de los registros de la parroquia de Montmartre; 1146, al art. de la edificación de las dos Iglesias, tanto Abacial, como Parroquial.

tan dignas de la grandeza de un monarca como de un santo! ¡Con cuánta admiración se vió á un Eugenio III., Papa piadoso, á un San Bernardo, apóstol solitario, y á un Pedro de Cluni, reformador zeloso, imponerse la religiosa obligacion de hacerle una consagracion tan tierna como solemne!

Mas aun prescindiendo de esto ¿quánto pudiera decir de los tiempos mas cercanos? En esas venerables catacumbas, donde parece que respira nuestro Héroe, es adonde conduce San Ignacio á sus primeros discípulos para recibir sus votos y animar su zelo. Sobre el sepulcro de los mártires debia levantarse una compañía de apóstoles.

Desde este mismo sepulcro fué desde donde celebraron en otro tiempo con eloqüencia Guillermo de París y Thomas de Aquino el triunfo de la Religion, debido á la predicacion y al ministerio de nuestro Santo, y estimularon con sus vivas persuasiones á los Franceses á que jamás olvidasen lo mucho que debian á su santo Apóstol.

Pero ¿qué es lo que digo? *Ad sacros cineres currite, civitas* (1). La Religion misma es quien convida á los habitantes de esta capital para que se postren delante de sus reliquias. Ya veo que siguiendo sus mandatos, os encaminais confiados á implorar la proteccion de vuestro santo mártir. Vuestros votos lo manifiestan. Su poder resplandece. La tierra tefiada con su sangre, es fecunda en prodigios. ¡En

(1) *Santol. Victorin.*

qué tiempos tan críticos se ha declarado el Apóstol de la Francia por su protector! Baxo su proteccion han marchado nuestros temibles exercitos contra sus enemigos, y los han vencido. Baxo los auspicios de *San Dionisio* triunfó Clovis del Arrianismo y del soberbio Alarico: San Luis extendió el terror por el campo de los Sarracenos, y amedrentó á los principales cabezas de la heregía Albigense. Hasta las puertas de esta Ciudad llegó, como hidra muchas veces destrozada y siempre reproducida, el presuntuoso Calvinismo; pero retrocedió con asombro. Nunca, nunca establecerás tu trono en una ciudad en la que *Dionisio* hizo reynar la verdad. Donde fué el fundador de la Religion siempre será su apoyo.

Desde este templo (1), que era en otro tiempo el teatro del sufrimiento y de la cautividad de nuestro Santo, se me figura que aun inspira al infierno el mismo terror que en vida supo inspirar á la idolatría. Me parece que sus prisiones, visibles aun y conservadas milagrosamente, no subsisten sino para apartar de nosotros todos los monstruos de la impiedad, ó sujetarlos á los pies de estos altares.

Caminad, amados patriotas, caminad á otro templo (2) desde éste, en donde se conservan esas prisiones, y veréis como se expone á la piedad de los fieles aquella venerable

C 4

ca-

(1) S. Dionisio de la Chartre.

(2) La Real Iglesia de la Abadía de San Dionisio, en Francia.

cabeza, que cortó el filo de un acero idólatra. En él vereis por un lado el triunfo de la Religión, y por otro el de la muerte. Contemplad, aunque vacilantes entre el respeto y el horror, el espectáculo mas augusto y mas espantoso al mismo tiempo. Mirad á vuestro apóstol y á vuestros reyes. Acercaos á estos altares, é id al sepulcro de aquellos. ¡Qué cenizas! ¡y qué cenizas! El mártir reverenciado, y los monarcas casi olvidados. Nosotros ponemos nuestra vista en los unos, y dirigimos nuestras súplicas al otro. El Santo parece que vive allí en sus preciosos residuos de su cuerpo (sin embargo de que ántes era víctima de la persecucion), y protege todavía al pueblo á quien conduxo á la felicidad, sin dexar todavía de ser su padre: los príncipes han reynado, pero desaparecido. Fueron sepultados en los tristes monumentos que encierran los despojos de su mortalidad, y el pueblo de quien fueron señores, no vé su grandeza sino sobre el mármol y sobre la tierra, testificando uno y otro de que ya no existen. Todos los corazones llevan al sepulcro del Santo mártir el constante tributo de sus homenajes; pero los potentados no reciben otros respetos que los que excita la curiosidad en los mausoléos que los representan. *Dionisio* aun lo puede conseguir todo para nuestra felicidad, y los reyes tal vez esperarán de nosotros esta felicidad misma. ¡O gloria! ¡O siempre permanente poder de los héroes Christianos! ¡O fragilidad! ¡O nada de las grandezas humanas! En un solo y mismo lugar, cuántos motivos de

de emulacion para la virtud! ¡Cuántos objetos de consternacion para la vanidad! No, hermanos míos, no hay leccion mas eficaz, ni mas útil para todos los mortales, que las gloriosas reliquias de un Santo colocado con esplendor sobre los altares en el templo mismo en donde los humildes huesos de los reyes están tristemente confundidos en el seno de la tierra.

A esta consideracion es á la que yo quisiera atraer á todos los incrédulos para reprimir su orgullo. ¿A qué género de gloria pueden aspirar despues de su muerte aquellos hombres que no deben la fatal celebridad de que gozan sino á sus atentados contra la Religión? ¿Les erigirá el imperio de la incredulidad unos altares como los que ha levantado la Religión á las cenizas de *San Dionisio*? ¿Conservarán por lo ménos entre el polvo de su sepulcro aquella especie de inmortalidad que conservan hasta en los suyos los reyes de la tierra? ¡Ah! El incrédulo que muere al instante es olvidado de todos. ¿Qué monumentos transmitirá su memoria á la posteridad? Monumentos que no eternizarán su audacia sino á expensas de su reputacion. Los elogios que les prodiguen los imitadores de sus escándalos, serán desaprobados por la voz de la equidad. Un incrédulo puede tener admiradores miéntras viva; pero si dura su memoria despues de su muerte, será estando manchada con el menosprecio de todos los siglos. Esta es solamente la inmortalidad que merece en este Mundo. ¡Dichosos, por fin, si en el otro

otro no se la aseguran mil veces aun mas horrosa!

Permitidme , espíritus fuertes , permitidme que aun os haga una reflexion al acabar mi discurso. Vosotros acusais muchas veces á los oradores sagrados , de que en los elogios de los Santos confunden la verdad con la mentira. Quisiera que me dixerais , ¿si en el que acabo de pronunciar encontrais semejante tacha? En efecto , si yo hubiera seguido algunas tradiciones que , aunque respetadas por mucho tiempo , son sospechosas en el dia , seria dificultoso el justificarlas. Pero sin embargo de esto , no penseis tampoco que he querido yo favorecer vuestra incredulidad. No , yo solamente he querido excusaros nuevas blasfemias. Aun no he dicho todo lo que la Religion me permite decir. Ademas de que , ¿qué la importa á ésta que el mismo *San Dionisio* sea ó no discipulo de San Pablo , autor de algunas obras célebres y piadosas , Apóstol de la Francia , y el primer Obispo de Paris? ¿Qué la importa tampoco que despues de su muerte haya hecho oír su voz en las dilatadas llanuras que separan la montaña donde se consumó su martirio , de la ciudad que se ha ilustrado con su nombre? La Religion impide que se coloquen entre los hechos apócrifos aquellos que son dudosos , y mucho ménos sino interesan á su gloria ni á nuestra fé. ¡O incrédulos! Bien podeis contradecirlos sin temer que los defendamos. Pero lo que no podeis negar es , de que el Apóstol de la Francia ha renovado el mérito en su fidelidad , ze-

lo

lo y paciencia , y los sucesos en sus conquistas , martirio y culto. Lo que no podeis igualmente negar es , de que para echar *San Dionisio* en Francia los fundamentos de la Religion Christiana , se valió siempre de unos medios tan respetables y tan santos , como son los vuestros de indignos y escandalosos para arrebatár á la Religion sus triunfos.

En fin , reflexionad sobre la humildad que podeis sacar de mi discurso , y procurad aprovecharos de ella. Mi dicha será completa , si vuestras útiles reflexiones os encaminan á profesar la fé de *San Dionisio* , y le rendis el homenaje de vuestra conversion. Imitad la docilidad de vuestros mayores , y dexad de pervertir á su posteridad. Esforzaos para aspirar á la corona que este Santo os tiene preparada , y procurad merecerla ; pues así como él la posee , la conseguireis vosotros por toda una eternidad. *Así sea.*

